

venta de estos efectos y la compra de manta y cosillas necesarias á estas pobres gentes que con tan corta hacienda entran y salen con un rostro siempre alegre, aun cuando regresen á sus chozas sin haberse alumbrado el corazon con uno ó dos vasitos de aquella agua cogida en nuestras numerosas fuentes de Baco; cuya abstinencia es en ellos ciertamente muy rara. De cuando en cuando una récua de lucidas béstias de carga, alguna carreta tirada de bueyes ó mulas asmáticas y pasicortas, conduciendo tambien leña, carbon, maíces, henequen y otros productos de las haciendas de campo, se aproximaba casi llenando el paso bastante angosto por cierto, como en casi todos nuestros caminos, para dos carros de frente.

Yo iba tranquilo sobre mi caballito de cuerpo pequeño y nada garboso, pero de condicion muy dócil, de paso igual y, sobre todo, muy seguro. Mi compañero montaba un brioso y corpulento alazan, mas el jinete llevaba las piernas bien pegadas á sus flancos, la rienda apretada entre las manos, el ojo alerta sobre las orejas del cuadrúpedo que á cada piedra grande, á cada tronco que veía, á cada encuentro de hombre ó carro, daba un alarmante bufido, queriendo tirarse sobre el otro lado del camino, ó echar á correr, tascando el freno todo cubierto de blanca espuma. Aunque yo á veces me sonreía, no dejaba de tener oprimido el corazon por el temor de una desgracia á mi amigo. Lo que es él, no carecia de firmeza y cuando el camino estaba llano, sin presentar el riesgo de un choque con hombre ó carro, ni de caer sobre piedras, aflojaba un poco la rienda á la terrible béstia, la cual en el momento se arrojaba hácia delante co-

mo un pájaro que se lanza al vuelo. A este andar, á las cinco ó seis léguas, sea por cansancio del animal ó porque ya se comprendian el caballo y el jinete, mi compañero pudo avanzar un poco mas sosegado junto á mí, y tener nosotros algunos ratos de conversacion.

En una de tantas veces, echando él sobre los campos que nos rodeaban, una mirada lenta y melancólica.—“Da mucha tristeza—me dijo suspirando—la vista de estas llanuras tan desnudas de verdor, tan erizadas de espinos en este tiempo ya muy próximo á la estacion de lluvias. Si tuviéramos por acá aquellos bosques y prados siempre verdes y cruzados de corrientes naturales de aguas cristalinas! ¡Qué placer no será el caminar contemplando los bellos paisajes de Italia en donde, segun todos los viajeros, á cada paso hay una maravilla que distrae y alegra al corazon del mas triste caminante! No sé porqué no nos tocó siquiera algo de tantas maravillas. Aquí, ya ves, mucho polvo, piedras y matorrales sin flores ni hojas. . . . !”

Yo, que en conversacion tocante á mi persona, suelo ser tan indolente que no cuido de mi propia defensa, pero que cuando se trata del honor del país nativo, siento en el corazon cierta llama capaz de algun calorcillo, levanté la cabeza y mirando fijamente á mi compañero de viaje.—“Yo conozco—le dije—á un vecino mio unido á una mujer que no es muy preciosa en su figura, pero que cuida su hacienda, educa á sus hijos que tambien son de su marido, y por su conducta de ahora bien se puede conceptuar que siempre será digna madre y esposa. Pero mi vecino, algo pobre de sesos, no deja de suspirar de envidia cuando pasa por la puerta de otro cuya mujer, aunque es maravillosamente bonita, poco ó nada atiende á su familia, gasta